

DOÑA MARÍA MOLINER Y LAS PALABRAS

VICENTA CORTÉS ALONSO

Causa alegría ver cómo la obra de nuestra colega y maestra, María Moliner, sigue siendo apreciada. Es natural que lo sea por los que directamente la conocieron, por los que han estudiado sus labores bibliotecarias encaminadas a que las ideas y las palabras llegaran, por los libros, al mayor número de españoles, en las bibliotecas. Pero, lo que la puso efectivamente en órbita mundial fue el *Diccionario*, tanto que García Márquez, «frecuentador de repertorios léxicos, a quien conmueve la muerte de María Moliner, lo plasma en un artículo magistral. La desenvoltura conceptual de García Márquez no debe ocultar el rigor que apoya su andadura verbal, la biblioteca en que se sustenta», como dice Miguel García-Posada en su recensión de la recién aparecida obra *Notas de prensa 1980-1984*, recensión a la que titula «Periodismo creativo» (*El País*, 11-01-1992).

En tal artículo la designaba como «la mujer que escribió un diccionario», es decir, una mujer capaz de hacer un instrumento de la mayor utilidad y, que no le merece las críticas que le dedicaba al de la Academia. Creo que todos nos hemos deleitado en buscar los más intrincados orígenes y modismos de las palabras de nuestra lengua, fácil por la disposición y claridad con que se nos iban dando en la obra de doña María. Es natural, pues, que los creadores agradezcan como se merece esta labor de recopilación e historia de las palabras diversas en origen, cambiantes y enriquecedoras de la charla cotidiana y, mucho más, de la creación literaria y poética.

Pero, lo que nos ha parecido un grado más en el aprecio, es lo que acabamos de leer de Montserrat Roig, en su libro *Digues que m'estimes encara que sigui mentida*, en edición el mismo año que la recopilación de los artículos de García Márquez, 1991, en que la hace *santa*. Así de claro:

«Les paraules m'arriben tamisades pels diccionaris —com o agraeixo a Santa María Moliner!— em receren pero no m'enamoren

...si no m'enconvenç un gran escriptor en llengua castellana. Però l'avia no volia convèncer, m'envaïa tot parlant-me en catalá. La vaig perdre del tot quan es va morir, m'enquedava la llengua» (p. 35)

Es como si en ese acunar la escritura en la lengua, la obra del *Directorio* cumpliera la misma función que la abuela, sin tener que convenir. De ahí, pensamos, la santidad de la autora. Pero, además, hay que tener en cuenta que ese instrumento ofrece a la mujer una ayuda, lo mismo que al premio Nobel colombiano: un panorama amplio, variado y apasionante con el que crear y mejorar, un caudal de palabras que de otra manera no salen del entorno reducido del propio lugar vivido, lanzándolos al ancho mundo. En el caso de la mujer, para más significación, lejos del ámbito femenino, del hogar, de la familia.

María Moliner había sido una de las primeras en comprender la necesidad de la palabra para la mejora de la sociedad, del adelanto de los pueblos. En ese pueblo, de manera un tanto silenciosa, la mujer. Pero la instrucción y la independencia han hecho cambiar un poco más de prisa las cosas desde los años 30 y 40, porque ahora la mujer también tiene la palabra, a lo que la ayuda, como a los hombres, otra mujer. Leamos a Montserrat:

«Bé, ara ja sabem que el mon de la dona es el món. La dona interpreta, llegeix el món, ja no es la «missatgera aracana» que revelaba les coses ocultes a fin de que el poeta les interpretés, les convertís en poesia, en mite. La escriptora parla perque la dona ja no es parlada. L'escriptora sap romanç y llatí. Per altra banda, el llenguatge «estrictament de dona» desapareix als nuclis urbans, on els nois i les noies elaboren discursos semblants. Les noies s'allunyen de llenguatge de les mares y només hi poden tornar, si els dona la gana, a través de la literatura» (p. 82)

Las bibliotecas pequeñas, aquellas para las que hiciera María Moliner unas normas en 1937, eran para llevar la palabra a los más remotos lugares del país, donde niños y niñas, y los adultos alfabetizados, podrían gozar de la lectura, introduciéndose en el mundo maravilloso de la palabra. Un año más tarde, 1938, el plan de bibliotecas organizaba un sistema que pudiera llevar la palabra a todos los lugares, rurales y urbanos. Por eso ANABAD ha publicado ambos escritos, desconocidos por razones históricas, con el comentario y crítica consiguiente, en la Colección Documentos, en la obra titulada *La lectura pública en España*.

Ambas publicaciones permanecieron ignoradas, involuntariamente, fuera de la circulación bien a su pesar, con lo que sus buenos propósitos de familiarizar a los españoles con las palabras de otros no tuvo efecto

ninguno. Pero no importa dolerse ahora. María Moliner concibió su «otro hijo» de la mente, el *Diccionario*, junto a los tres de la carne, con amor constante, con el que la difusión de la palabra es de imprescindible necesidad, para los creadores y los curiosos consultantes menos doctos. Para todos.

La lengua, con su ayuda, aumenta su buen uso. El español se hace conocer para los nacidos en otras lenguas peninsulares cuando quieren expresarse en la originaria de Castilla y Aragón. María Moliner era aragonesa y había estudiado en Madrid. Esta ayuda a los que bien quieren usarla y en toda su riqueza, nacidos en las tierras catalanas, gallegas o vascas, es la que queda patente en la elevación a los altares de la autora por la escritora Montserrat Roig. Ella dice también:

«Amics de bona fe em volen convencer que soc bilingüe. Mes aviat diria que esquizofrénica, malalta de llengües. Escript en castellá i en soc una, escript en catalá i en soc un altra. Pero potser soc mes quan enraono la llengua dels meus, quan n'legeixo la parla. En castellá, em sento com si fos al altra banda el sedás, l'ofici em limita y em salva»
(p. 34-5)

Esa salvación la fija en las palabras del diccionario. De ahí, pensamos, el honor de la salvadora de su escritura en castellano, María Moliner, que le merece la categoría de santa. Desde luego, tarea de tanta labor y paciencia merecen toda loa. Pero una loa mundana y del común de las gentes. Algo alejado de las academias y los eruditos varones. En otra dimensión, la acción callada y constante en lo escondido del saber personal. La demostración de una técnica de investigación aprendida en un quehacer tan conveniente para los demás como el de los archivos y las bibliotecas que, interrumpido por razones ajenas a la profesora que era María Moliner, cuidó de dejarnos otra elección de meta conseguida en obra personal e independiente, que no ha sido ni imitada ni igualada.

Esa es una cierta santidad, sin duda.

